

CAPÍTULO oriental 16

la historia de la literatura uruguaya

LOS NARRADORES DEL 900
CARLOS REYLES

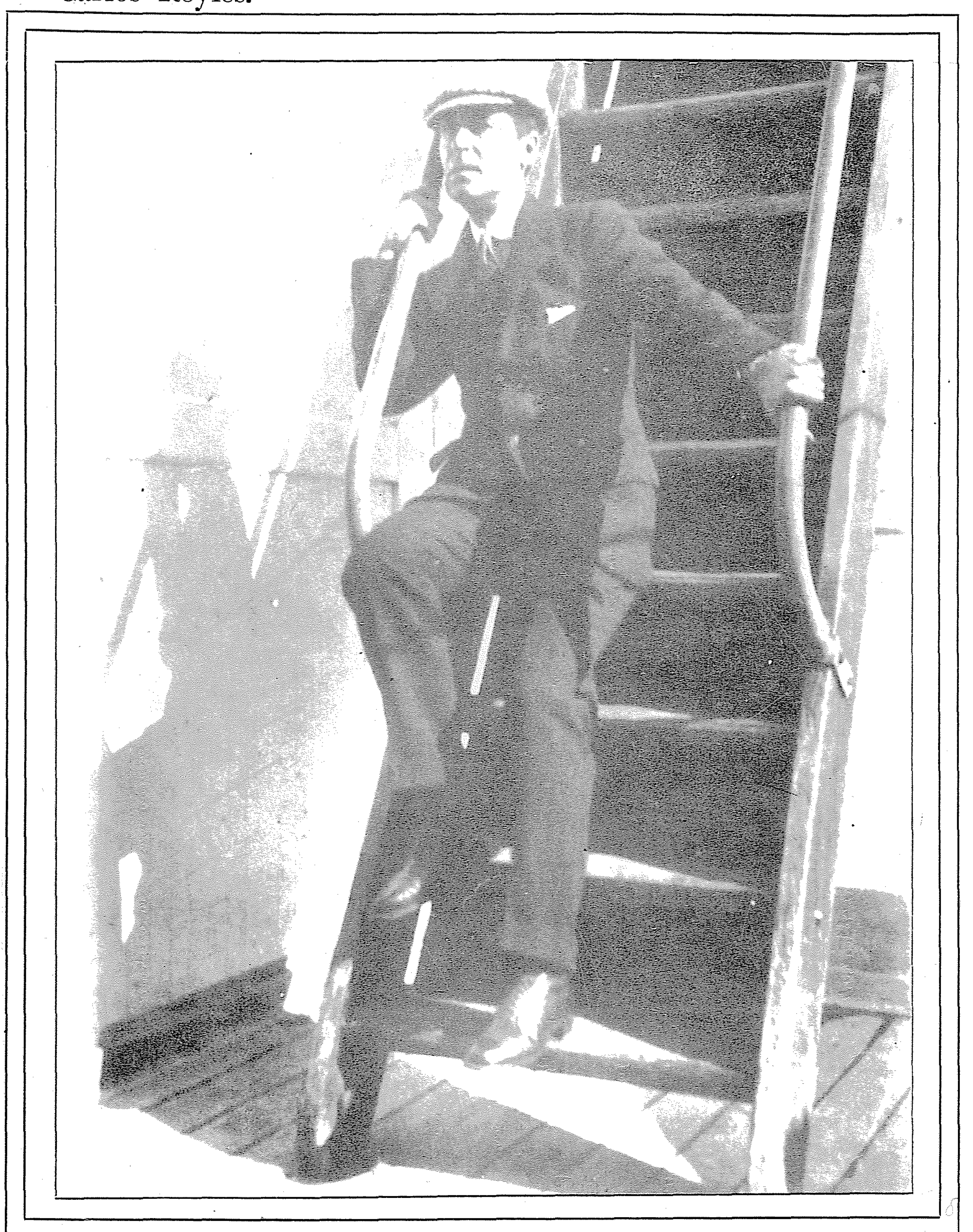
CAPÍTULO
oriental
la historia de la
literatura uruguaya

Este fascículo ha sido preparado por el Dr. Carlos Martínez Moreno y adaptado por el Departamento Literario del Centro Editor de América Latina.

CAPITULO ORIENTAL presentará semanalmente, en sus treinta y ocho fascículos, la historia de la literatura uruguaya. El conjunto abarcará un panorama completo, desarrollado en extensión y en profundidad, de las obras más representativas de la producción literaria nacional, desde la Conquista y la Patria Vieja hasta nuestros días. El lector podrá coleccionar el texto ilustrado de estos fascículos, para contar con un volumen completo al cabo de su publicación; simultáneamente, separando las tapas podrá disponer de una valiosa iconografía de la historia del país.

Los libros que acompañan a los fascículos formarán la "Biblioteca Uruguaya Fundamental".

16. Los narradores del Novecientos: Carlos Reyles.



Reyles de viaje

LOS NARRADORES DEL NOVECIENTOS: CARLOS REYLES

Este año se cumple el centenario de Carlos Reyles. El escritor nació en Montevideo (algunos de sus biógrafos pretenden que en Durazno) el 30 de octubre de 1868. Y se cumplen asimismo treinta años corridos desde su muerte: cuando tenía casi setenta, el 24 de julio de 1938, moría completamente abandonado y al cabo del proceso de una enfermedad dolorosa (arteritis obliterante) en el parvo y triste refugio de su vejez desapacible y empobrecida: un apartamentito desmantelado del Palacio Díaz, sobre la avenida 18 de Julio.

Ese mismo día murió también Pedro Figari. Ajena por igual al escritor y al pintor, una enorme multitud manifestó esa tarde por 18, reclamando del Presidente Baldomir "nueva Constitución y leyes democráticas". Al día siguiente, todo Montevideo hablaba del mitin de Julio; pocos, muy pocos se acordaban de Reyles o de Figari. Los fastos del civismo tienen esa bárbara condición reductora. Y a Reyles el calor popular nunca se le había dado; hombre nacido para dominar a otros tanto como para escribir, había actuado en medios rurales y —en sus años de apogeo— en ambientes mundanos. La ambición y la suerte no le habían dado tregua. La "Soledad, fiel compañera" —de que habló en uno de sus ensayos— velaba junto a su lecho en la hora última. Reyles la engañaba con la suposición ilusoria de una vida galante, que ya había desaparecido en sus años crepusculares. Sólo lo atendía un aya, y había dejado el apartamento para irse a descansar, cuando Reyles murió, acaso en mitad del sueño.

En esos casi setenta años de una vida abigarrada de hechos, veteada de buenos y malos golpes de la fortuna, lo había tenido todo y todo lo había dilapidado, regalado, menospreciado o perdido: una mujer hermosa con la que se casó en años de adolescencia y abandonó pronto; amantes; campos como piélagos, que heredó de don Carlos Genaro Reyles, trabajó, mejoró y en definitiva liquidó; cabañas, haras, palacios en Buenos Aires y en París; familia, incontables viajes a Europa, posiciones, riqueza.

DE LOS PRIMEROS TIEMPOS

El mismo origen uruguayo de su familia es aventurero y novelesco. Parece establecido que su abuelo, Genaro Raile, nació en 1786 en Manchester, condado de Lancaster. Un barco de ultramar lo acercó a nuestras costas y Raile ganó nadando las playas de Maldonado, yendo a radicarse en San Carlos. Eso pasaba en 1806, el mismo año de las Invasiones Inglesas. Allí se casa Raile, allí nace en 1826 su hijo Carlos Genaro; allí el inmigrante —dado abusivamente a la bebida— muere entre los años de 1830 y 1836.

Carlos Genaro es el auténtico "pionero" Reyles, aunque su hijo haya creído serlo en mayor grado. En tiempos de total depreciación de tierras y haciendas, al final de la Guerra Grande, don Carlos Genaro Reyles (el apellido se había transformado) compró y obtuvo que le regalaran nueve suertes de



La primera juventud



Los años mozos

campo, en Tacuarembó, cerca del Río Negro. Fueron el casco de su latifundio incipiente, lo que se llamó en su origen la estancia "Bella Vista". Cuando Carlos Genaro Reyles la extiende y puebla, la que pasa a ser estancia "El Paraíso" (hoy campos de Bordaverry) abarca cincuenta y tres suertes de campo, o sea treinta y dos mil cien cuadras cuadradas, pobladas con ganado fino Durham, con fantasías como potreros de un solo pelo, etc. Y el estanciero emplea o da vivienda en ella a doscientas personas, ocupadas en ganadería, huerta, incubadora, cría de avestruces, lechería, pulpería, carpintería y herrería.

El 27 de marzo de 1862, Carlos Genaro Reyles, de treinta y seis años, casa con María Gutiérrez, de veinte, hermosa carolina. Hay retratos de ambos, pintados por Blanes, actualmente incorporados al Museo Municipal de Bellas Artes.

La familia tiene un destino accidentado y trágico. Nace un primer Carlos Reyles, que muere al año. Y al Carlos Claudio que vendrá después, lo suceden Rogelio Manuel Aurelio (muerto a los siete años en 1877) y Ciriaco Conrado Felipe Alberto (muerto a los doce años, en 1884, de una caída de caballo, en "El Paraíso"). A los treinta y cinco de edad, también en el año 1877, muere la hermosa madre de Reyles, fulminada por una hemorragia cerebral, mientras se bañaba en las aguas del río ("El Paraíso" quedaba en el departamento de Durazno, y hacia el norte de la estancia corría el Río Negro).

Cuando en 1885 Carlos Reyles egresa del Colegio Hispano-Uruguayo, regenteado por Montero Vidarrueta —a quien el rico joven ha comprado la colección de Clásicos de Rivadeneyra, que se ha leído en la soledad sin amigos del pupilaje— no tiene más que a su padre. Su padre, con quien ha mantenido una relación azarosa, de afectos y rechazos: en 1885 le ha reprochado haberlo visto en el prostíbulo, ha sido golpeado por él y ha simulado un suicidio. Desde esa época vive instalado por su cuenta en la calle Sarandí, en Montevideo, como un rumboso dandy. El 5 de mayo de 1886 muere don Carlos Genaro Reyles, que otorga un testamento espectacular, con legados y rentas vitalicias muy cuantiosos. Sobre el último instante, conjura a su hijo a que lo continúe en el mejoramiento de los ganados de "El Paraíso".

Para Reyles, comienzan años frívolos y dispendiosos. Pelea con albaceas y curiales, gasta en exceso, se le quiere embretar en pensiones judiciales. Lucha, interviene en la redacción de sus alegatos, pide su habilitación de edad. La obtiene por matrimonio cuando el 21 de junio de 1887 casa con Antonia Hierro, garbosa tiple de una compañía de zarzuelas que pasa por Montevideo.





El escritor que cultivó la galanura



Posando en Lobería

LOS VIAJES Y LAS OBRAS

En noviembre de 1888, cuando Carlos Reyles tiene veinte años flamantes, edita en quinientos ejemplares su novela autobiográfica **Por la vida**. Es una obra de juventud, literariamente desprovista de valores. Reyles procedió, con los años, a requisarla de todas las estanterías en que pudiera encontrarse, incluidas las de la Biblioteca Nacional; pero fue un acto equívoco, entre la contrición filial y el orgullo literario: porque **Por la vida** da una primera y áspera estampa, que los años dulcificarán después hasta la beatificación, de don Carlos Genaro Reyles (el Pedro Crooker de **La Raza de Caín**, la matriarcal Mamagela de **El Terruño**, el feudal Don Fausto de **El Gaucho Florido**); y porque **Por la vida** es muy mala.

Los años 89 y 90 son los años de la implantación feudal de Reyles: toma posesión de sus bienes, vertiginosamente disminuidos, liquida deudas, otorga poderes y en 1891 . . . viaja a España y particularmente a Sevilla.

En España publica en 1892 su ensayo sobre **El Gaucho**; en 1893 ve la luz su cuento **Mansilla**, embrión de **El Gaucho Florido** de 1932 y, según algunos de sus críticos, su mejor narración breve. En 1894, ya regresado al país, aparece **Beba**, que tira mil ejemplares y es, para la época, un "best-seller". Es un canto a la ganadería, al impulso pionero y subsidiariamente al amor y al instinto fuera de las convenciones.

Se abre a partir de entonces una época de su vida que se disputan los viajes, los artículos periodísticos, a veces polémicos, los cuentos o novelas breves y las actividades rurales y ruralistas. En 1895 publica en Montevideo una primera versión de **Sueño de Rapiña** y **La odisea de Perucho**. **Primitivo,** novela corta (que entrará, como subtema, en **El terruño**) es de 1896, y el prólogo con que la presenta es un manifiesto modernista, sobre el que volverá luego y a través de los años (en el artículo **La novela del porvenir**, de 1897, en **Arte de novelar**, incluido en **Incitaciones**, de 1936).

En 1897, nuevamente en Europa, Reyles escribe en la Villa Nicquet (en Arcachon, Gironde) **El Extraño**, segunda novela corta de **Las Academias** y la más estridente de las obras modernistas de su prosa. En Madrid, ese mismo año, se publica **El Extraño**. Juan Valera, patriarca de las letras españolas, escribe que Julio Guzmán, el héroe fatigado y abúlico de **El Extraño**, es un sujeto "insufrible, degollante y apestoso". Y el impetuoso americano de veintinueve años se traba en polémica con el venerable autor de **Pepita Jiménez**.

El 1898, vuelto al país, Reyles se ve envuelto en un episodio al que lo llevan sus pujos de señor feudal y su impaciente profesión de

EL IDEOLOGO DE LA FUERZA

Carlos Reyles dijo una vez: "Yo vivo mis ideas"; lo dijo en un desplante, como hablaba a menudo, y para desdeñar el doctrinarismo desasido de otros (de Rodó, especialmente). También citaba con frecuencia una frase de Jules de Gaultier: "El hombre moral es el que prefiere a la vida la concepción que él se ha formado de sí mismo y de la vida". Esta sentencia, poco apta para la mejor receptividad y la mayor apertura de un novelista frente a la realidad que lo rodea, compendia a un tiempo la continuidad y la endeblez del Reyles ensayista. Porque, en lo fundamental, el pensamiento de Reyles ensayista estuvo siempre determinado por la situación de Reyles como persona. Y la verdad del "Yo vivo mis ideas" explica las contradicciones que suelen existir en su pensamiento: la que media entre La muerte del cisne *y los* Diálogos Olímpicos*, explicable porque los sentimientos del ideólogo de la fuerza lo empujaban a desertar del lado del más fuerte en la Guerra.*

Reyles leyó largamente, en su vida, a unos cuantos filósofos y abrevó decididamente en su pensamiento: leyó a Hobbes (de quien extrajo la idea de la lucha de todos contra todos y el deseo de poder), a Hume, Locke, Berkeley, Spinoza, Darwin, Schopenhauer, Nietzsche (que lo marcó fuertemente), Fouillée, Le Bon (vivir es cambiar), Le Dantec (ser es luchar, vivir es vencer), Max Scheler.

Del positivismo celebraba el método objetivo, pero no las conclusiones. Su credo propio estaba informado por principios de materialismo, de vitalismo hedonístico, de energetismo (de élan vital). Difundía el culto de la fuerza, del poder, del dinero: la ideología de la fuerza, la metafísica del oro.

Desde muy joven, creyó percibir "el carácter guerrero de todos los fenómenos" y "la tendencia del hombre a poseer y dominar". A sus diecisiete años, copió en uno de sus cuadernos estos versos de Fray Luis de León: "Con rigor enemigo / todas las cosas entre sí pelean". De Heráclito, su preferido entre los filósofos de la edad clásica, absorbió el dinamismo. Profesó que todo es nuevo y que la lucha es madre de todas las cosas. Esas ideas energéticas, esas implantaciones crudas y autoritarias condecían con su situación personal de rico y con su condición de pionero rural, de realizador, de amo. Reyles, por eso, las asumió hasta el fin. En una exégesis elemental, su concepción del mundo y de la vida ha sido categorizada de este modo: a) La Fuerza es sustrato último y causa primera de todo el universo; b) Por Fuerza se entiende "el nombre común y sintético de las energías naturales"; c) Materia y Fuerza son una sola y misma cosa; d) Los fenómenos de la conciencia no son más que formas de la materia.

Su ideología de la fuerza es, así, una ideología de la materia, y como tal rima con la época. "La constancia en Reyles del vitalismo como doctrina moral —se ha dicho— es no sólo inseparable sino también solidaria de la constancia de su materialismo como doctrina metafísica. Este materialismo metafísico es un materialismo de la fuerza; el vitalismo ético era un vitalismo de la voluntad". El libro central de este planteamiento filosófico —que no se elucida con el lenguaje adusto de los filósofos, sino con el recamado estilo del esteta modernista que persistió siempre en el Reyles de los ensayos— es La muerte del cisne *(1910), correlato ensayístico —a un decenio de distancia— de* La Raza de Caín *(1900). Pero las circunstancias históricas ("Yo vivo mis ideas") harán que en los* Diálogos Olímpicos *(dos tomos de 1919) Reyles regrese a un criterio conciliador, invocando expresamente la noción de "voluntad de conciencia"; levanta entonces, frente a la razón universal, que es la Fuerza, la razón humana, que es la justicia. Escribía estas palabras en los años de la Primera Guerra Mundial: Germania era la fuerza, Reyles estaba sentimentalmente con Francia.*

De allí en adelante —como ha escrito Ardao— "su metafísica seguía siendo materialista; su moral había dejado de ser nietzcheana".

Ese concepto dialéctico de la vida como lucha (la vida y el ring, descripción del match Carpentier-Sullivan, la vida y la pedana, el espíritu deportivo y el espíritu mercantil) se hizo también sustancia estética en Reyles, y las páginas del ensayista literario, del observador mundano y del creador novelesco así lo registran.

Pero, en su formulación capital, este ideario se modula en La muerte del cisne *y en los dos volúmenes de* Diálogos Olímpicos *(*Apolo y Dionisio*,* Cristo y Mammon*). El resto de su producción ensayística es, en cierto modo, una silva de varia lección.* Panoramas del mundo actual *(1932) recoge las conferencias de la cátedra, que Reyles incluirá finalmente como parte de* Ego Sum*. Se contienen allí las reflexiones de su edad crepuscular, aunque lúcida: El hombre ha dejado de ser la medida de todas las cosas. ¿Qué somos, qué queremos, qué podemos?, ¿Decadencia? La arena movediza y la roca dura del alma, el rumbo fijo del destino humano. Preocupado por el mundo que lo rodea, suficientemente desarbolado de sus orgullos para poder echarle —aunque desde estructuras de alma ya inmodificables— una*

ojeada melancólica y deseosa de penetración, el Reyles de las Conferencias es un ser dramático, casi patético en su hieratismo. Estos Panoramas son su última versión como espectador.

Incitaciones (1936) contiene reflexiones afectivas y éticas (Soledad, fiel compañera, La Vida y la Moral) y predominantemente ensayos literarios: sobre el arte de novelar, sobre Quijote, sobre Don Juan, sobre Proust, sobre Valéry; se cierra con la conferencia de 1929, sobre Resonancias de Sevilla.

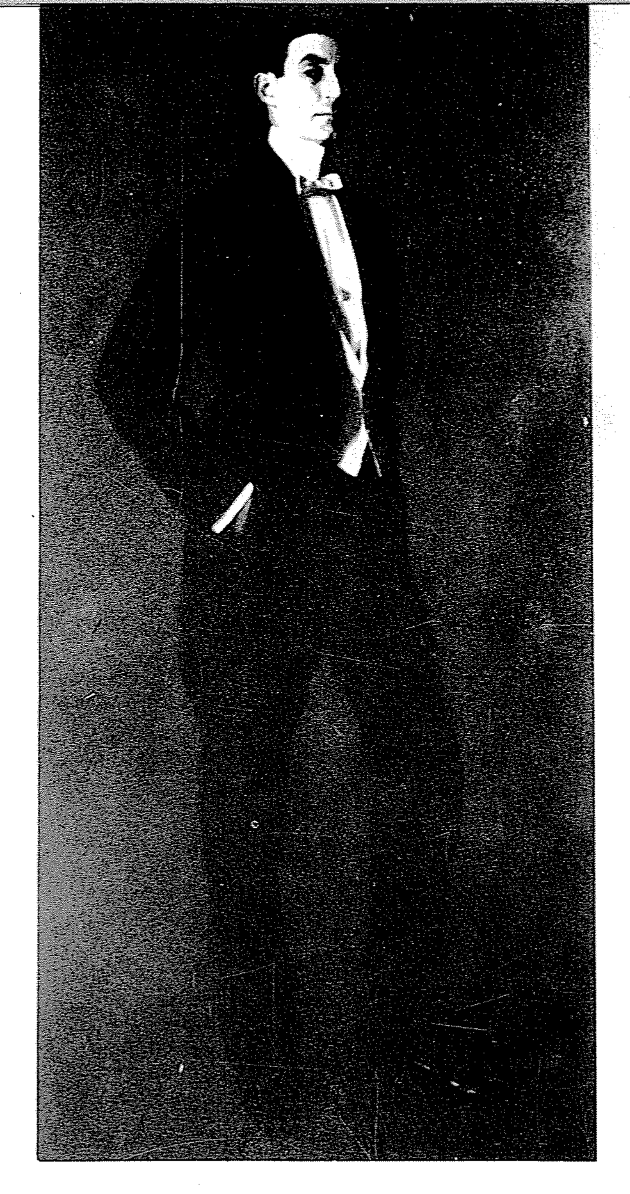
Ego Sum (póstumo, 1939) tiene por centro el texto de las conferencias ya editadas en Panoramas e incluye addendas literarias en las que resplandece su definitiva fijación en la lectura del Quijote y sus valoraciones (en despedida) acerca de las posibilidades de la lengua y el estilo literario, junto a alguna consideración galante, de la índole de las que dominaron su vida como hombre de éxito e impregnaron imaginativamente las tristes horas finales del Palacio Díaz y la debilísima insistencia novelesca de "A batallas de amor...".

Toda esta ideología de la fuerza, así como su actitud de pionerismo, determinaron su actitud política ("Yo vivo mis ideas"): Reyles fue congruentemente privatista, ruralista, anti-estatista, anti-batllista, oligarca, aristocratizante.

Sus ideas políticas, en cuanto referidas al país, pueden haber estado teñidas por el fracaso de su vocación o ambición política: no dejó de ser colorado pero habría transferido con gusto los centros de poder desde los partidos políticos a la Federación Rural.

En el mundo más vasto que le era contemporáneo, su nietzschismo remanente (a pesar de la "voluntad de conciencia") lo hizo simpatizar con Mussolini y D'Annunzio, con Maurras, León Daudet y l'Action Française; fue también partidario de Primo de Rivera y enemigo de la República Española. Ardao le encuentra colindancias de pensamiento con Marx y el Marxismo; Gervasio Guillot Muñoz dice que sabía poco o nada de doctrina marxista. El anti-comunismo, que aparece en su última época de ensayista, llega a extremos febricitantes en el discurso de bienvenida a Marañón. Tenía al respecto ideas un tanto arbitrarias y pueriles: "El bolchevique es el troglodita tecnificado", recuerdan haberle oído decir sus amigos.

Gervasio Guillot Muñoz, en un libro cautivante (La conversación de Carlos Reyles) ha referido muy bien las atracciones y los rechazos que caracterizaron el pensamiento político del Reyles de la última época. Seguían siendo sus antiguos pensamientos de señor feudal, pasados por el doble tamiz irritante de la pobreza y de la soledad.



La no muy fiel imagen que Zuloaga creó para él.

coraje. En defensa de unos medianeros, escribe un panfleto injurioso contra el Escribano Piccardo. Accidentalmente se encuentran ambos en la Estación de Molles y, en secuencia de **western**, se balean en lo oscuro, porque la lámpara del despacho del jefe de estación ha volado a los primeros tiros. Cuando se despeja la confusión, Piccardo, un sobrino de Reyles y un negro han muerto; Reyles está ileso y cruza a dormir a la fonda de enfrente. Es el 2 de julio de 1898. Al día siguiente lo detienen, el 1º de agosto, lo excarcelan bajo fianza y el 20 de agosto, tras un peritaje balístico que lo excluye como autor de las muertes, lo absuelven.

En 1900, Ollendorf publica en París **La Raza de Caín**, que es acaso la más ceñida y mejor compuesta de todas las novelas de Reyles. Parcialmente, Reyles abjura allí de los exotismos modernistas que inspiraron **El Extraño** y Julio Guzmán es destituido a impotente en sus páginas: mata, no se anima a morir. La ideo-



Doña Antonia Hierro de Reyles, la esposa.

logía de la fuerza, el culto del poder y del dinero exultan en **La Raza de Caín**, donde los ricos son los seres saludables, mientras que los intelectuales (Cacio, Guzmán, el caricatural Menchaca): son débiles, perversos, claudicantes o enfermos.

En 1901, Reyles es proclamado candidato a la presidencia del Club Libertad (colorado) pero lo derrota el Dr. Juan María Lago. El 8 de setiembre de ese año, funda el Club Vida Nueva, siempre dentro del Partido Colorado, e invita a un fastuoso almuerzo en la Cabaña Reyles, de Melilla, a más de cuatrocientos cincuenta jóvenes, que constituyen la élite social y territorial de la época. Un tren expreso lleva a los invitados a Colón; desde allí se les traslada a Melilla. Reyles les dirige un apasionado discurso y tienta así una puerta para su actuación cívica; puerta que clausurarán muy pronto sus fracasos en este terreno.

Hacia fines de 1901, nuevo viaje a Europa. El año antes ha nacido Alma Reyles, la única de sus hijos que hoy vive: su hija mujer, la predilecta del padre.

En 1902, se publica en Buenos Aires el cuento **Capricho de Goya**, germen de **El embrujo de Sevilla**, la novela andaluza de 1922. En 1903, Reyles edita el folleto **El Ideal Nuevo**, "antes de volverme definitivamente a mi jardín solitario", como empieza diciendo. La ideología pionera, rural, anti-motinera de Reyles está allí trazada, y junto a la conferencia dicha en Molles, en diciembre de 1908, **El Ideal Nuevo** significa la fundación de una corriente de ideas que muchas décadas después cobraría cuerpo en un Ruralismo pseudo-gremial y de intenciones políticas, que jamás mencionó este papel iniciador de Reyles.

Reyles no creía en las patriadas; el romanticismo de la patriada ("aire libre y carne gorda"), con sus cortes de alambrados y sus vivacs donde se carnean reses requisadas o simplemente robadas, le repugnaba profundamente, como hombre de orden rural, como hombre de empresa estanciera. El romanticismo de la patriada es un culto de los blancos y Reyles (aunque ya muy descreído de partidos y de políticos) seguía siendo y moriría colorado. Cuando se compara al Reyles antiheroico de **El Ideal Nuevo** y **El Terruño** con el Zavala Muniz cantor de gesta de **Crónica de Muniz**, resulta inevitable que el más viejo nos parezca el más realista y el más actual.

En 1905 la familia Reyles se instala perdurablemente en París, Avenue d'Iéna, y en 1906 Reyles se separa de Antonia Hierro, que morirá seis años antes que él, en 1932, sin que hayan vuelto a reunirse.

Reyles en yeso,
por Gervasio Furest

LOS AÑOS DORADOS, LOS AÑOS NEGROS

Este año de 1906 es uno de los años dorados del apogeo parisino de Reyles, el año de sus amistades fastuosas de la **Belle Époque:** Ana de Noailles, la Baronesa Rotschild, la Condesa de Greffuble, Maurice Barrès, Edmond Rostand. Entre tanto, a sus vueltas de París, el cabañero paga 27.000 pesos argentinos por un toro, gasta, despilfarra, "progresa". De fines de 1908 es el discurso en el Congreso Rural de Molles; de 1909, la radicación argentina y la fundación del Haras Reyles en Lobería, FCS, Provincia de Buenos Aires. Las medidas jingoístas del Jockey Club Argentino lo obligan a dejar de competir como **turfman,** pero no a abandonar el **elevage** de **racers.** El **gentleman-rider** se vuelve hacia la crianza y hacia la literatura: en Lobería, donde hay un potrero que se llama Isonomy, en el centro de 435 hectáreas muy valiosas, escribe uno de sus libros capitales, **El Terruño.**

En 1910, Ollendorf publica en París **La muerte del cisne,** su ensayo de vitalismo energético, donde ensalza la ideología de la fuerza y la metafísica del oro, haciendo **pendant** con la tesis novelística, editada diez años antes, de **La Raza de Caín.**

En el año siguiente (1911) Reyles vende la cabaña de Melilla, liquida haciendas de "El Paraíso" y rumbosamente parte otra vez a Europa, con el pretexto de comprar buenas yeguas para refrescar las sangres del Haras de Lobería.

Carlos Reyles en
su haras de Lobería



De 1913 a 1915 corren años negros en la vida de Reyles. El 15 de junio de 1915 escribe: "Arrancaría de mi existencia, si pudiera, el lapso que va desde febrero de 1913 hasta la fecha". Pero en medio a la adversidad, en 1913 y 14 hay sendos viajes a Europa. De fines de 1915 es la organización del Congreso Rural. Baltasar Brum sobreviene al Congreso y moteja a sus organizadores de latifundistas. Reyles contesta con un insulto inmencionable, que la posteridad ha suavizado con el dicterio de "señor Imbécil". Hay desafío a duelo, no hay acuerdo sobre las armas. Al cabo de los años, Brum y Reyles se harán amigos.

En 1916 se publica en Montevideo la fundamental novela **El Terruño,** que la gran mayoría de sus críticos tiene por la novela más importante de Reyles. La estancia "El Paraíso" es el escenario; Mamagela, la estanciera propulsora, es el retrato —transferido de sexo— de don Carlos Genaro Reyles; su abúlico marido Papagoyo, el iluso y lamentable yerno, semi-intelectual y frustrado político, Tocles ("un tomador de viento") y el anacrónico caudillo Pantaleón, son sus contrafiguras, sus **apoggiaturas** dialécticas en el libro. Otra vez, y más caudalosamente que en **Beba,** se canta a la empresa rural, al patriarcalismo feudal y pionero, al trabajo obstinado.

El Reyles auténticamente creador ha llegado a su cumbre, y acaso ha terminado de modularse allí; como novelista, se repetirá (**El Gaucho Florido**) o se renovará en superficie (**El embrujo de Sevilla**), antes de llegar a la más torpe claudicación inventiva (**A batallas de amor, campo de pluma,** póstuma, 1939).

El año 1917 es de reajustes para el hacedor rural: vende "El Paraíso", funda "El Charrúa" en Venado Tuerto, Santa Fe. El **homme du monde** que se resiste a capitular en medio a reveses de fortuna, se instala señorialmente en un **petit-hôtel** bonaerense de la calle Montevideo, al 1733-37.

De 1919 son los dos tomos de **Diálogos Olímpicos (Apolo y Dionisos, Cristo y Mammon)**, el primero de ellos escrito en "El Charrúa". Son los años de la Primera Guerra Mundial y Reyles es francófilo, al par que Alemania es la representación insuperable de esa ideología de la fuerza que arrebató al autor de **La muerte del cisne.** Reyles introduce correcciones sutiles en su ideario vitalista, materialista, energético; la "voluntad de conciencia", noción extraída de Fouillée, aporta una de esas correcciones.

El embrujo de Sevilla, editado en 1922 en España, es el más clamoroso éxito del Reyles novelista. Pero aunque está escrito con indudable brío y, para ventaja de sus mejores dones, el elemento de descripción prevalece



En El Charrúa

sobre el coloquial, hoy nos resulta una teoría estereotipada sobre el carácter español, tal como Reyles lo vio. Cuenca, Pura, Paco, El Pitoche, son simples ilustraciones de una miscelánea andaluza. Reyles quiso escribir otra cosa que una visión de la España de pandereta; se quedó entre el turismo artístico y el tremendismo interpretativo.

La crisis de la fortuna personal de Reyles se ahonda: en 1926 remata la casa de Buenos Aires con sus muebles, a principio de 1927 vende "El Charrúa" y embarca rumbo a Francia. Pero el perpetuo señor persiste en sus dispendiosas ilusiones: compra un castillo en Fontenac, cerca de Burdeos. Mil novecientos veintinueve es el año de la Exposición de Sevilla. Reyles representa al Uruguay, es proclamado Hijo Adoptivo e Ilustre de la ciudad, dice allí su conferencia **Resonancias de Sevilla.**

A fines de ese año regresa al Uruguay, es nombrado en 1930 asesor literario y artístico de la Comisión del Centenario y el 11 de marzo se le confía la preparación del plan de lo que será la **Historia sintética de la Literatura Uruguaya,** en tres tomos; es una junción de ensa-



yos firmados: en el primer tomo, Alvaro Guillot Muñoz escribirá sobre Reyles, en el tercero Reyles escribirá sobre **El nuevo sentido de la narración gauchesca.**

Empieza el largo crepúsculo que terminará el 24 de julio de 1938. Reyles tiene una salud quebrantada, está solo, está pobre. Empiezan a lloverle reconocimientos nacionales y honores oficiales que encubren mal esta fase de decadencia. En abril-mayo de 1931 la revista **La Cruz del Sur** le dedica un número especial de homenaje; ese mismo año se edita la **Historia sintética,** mazacote heterogéneo y olvidable.

También ese año Reyles vuelve a Europa, viaja por España y se detiene en París. En 1932, en el barco de regreso, trabaja en **El Gaucho Florido,** que aparecerá ese año, y en **A batallas de amor**. . .

De regreso al país, se le confía la Cátedra de Conferencias. Pero Vaz Ferreira, que la había renunciado, vuelve a reclamarla, y Reyles magnánimamente se la resigna. Como desenlace, se crea una segunda cátedra para él. Aparece **El Gaucho Florido,** "novela de la estancia cimarrona y del gaucho crudo", libro informe, repetitivo y nostálgico, fuera de tiempo en los días en que se publica pero ocasionalmente hermoso en sus fragmentos descriptivos (el vado de la tropa en el Río Negro). Un Reyles ya senil se despide de un campo que ya no tiene.

Ese mismo año recoge, en **Panoramas del mundo actual,** las conferencias de la cátedra.

En 1933, Paco Espínola le dedica **Sombras sobre la tierra.** En 1935 se muda a Pocitos (Ellauri 881) y en 1936 es nombrado presidente del SODRE. En este año, Ercilla publica **Incitaciones,** un tomo de ensayos. Se muda nuevamente, ahora al Palacio Díaz, para quedar cerca de su nuevo cargo: su soledad y su pobreza no llegan a amoblar bien este último sitio de confinamiento.

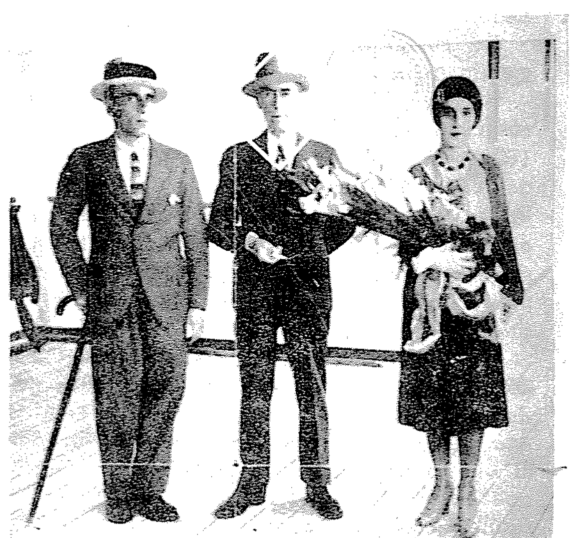
En 1937 renuncia a la presidencia del SODRE y Terra lo confirma, dándole plenos poderes. En el Teatro Urquiza, con un reparto que incluye a la actriz Rosa Rosen, se estrena **El burrito enterrado,** prescindible obra teatral que desarrolla un episodio de **El Terruño.** El resultado es un fracaso.

Su última aparición en público ocurre en el Salón de Actos del Ministerio de Salud cuando, en plena guerra española, presenta al Dr. Gregorio Marañón, con una arenga trémula de odio anticomunista.

En julio de 1938 renuncia al Sodre, por razón de enfermedad. El 23 de julio termina y empaca, con destino a Ercilla, su libro de ensayos **Ego Sum,** presintiendo que no lo verá publicado. Como la de **A batallas de amor. . . campo de pluma,** la edición póstuma de **Ego Sum** saldrá en 1939. Al día siguiente de este punto final, muere entre paredes solas. Se le vela en el Estudio Auditorio, va poca gente a su entierro.

En julio de 1940, al cumplirse dos años de esa muerte, se transfieren sus restos al Panteón Nacional. Tiempo después, la Estación de Molles, donde fue muerto Piccardo, pasa a llamarse Carlos Reyles.

Publicitado en los tiempos en que fue nombrado hijo adoptivo de Sevilla.



EGO SUM CARLOS REYLES

En el capítulo VI de El Gaucho Florido se refiere este diálogo entre el estanciero Fausto y su hijo Faustito: "Cierta vez, teniéndolo en brazos para que viese mejor, lo interrumpió el niño preguntándole con inocente crueldad:

—Papá... y después que tú te mueras todo esto será para mí, ¿no?

Por la mente de don Fausto cruzó fulgurante la idea de arrojarlo de la azotea abajo, pero se dominó en seguida y, estrechándolo más, respondió dulcemente:

—Sí, mi hijito...

—Yo seré el dueño, el que manda..."

Como tantas otras veces, Reyles transfiere a la ficción sus experiencias personales: la situación ocurrió en la infancia del novelista y los personajes tenían, como en el libro, el mismo nombre de pila: eran Carlos Genaro Reyles y su hijo.

En La Raza de Caín se narra cómo Arturo Crooker, joven consentido y adinerado, dominaba a todos sus condiscípulos en la escuela aun al precio de la crueldad (restregando estiércol en la cara de Cacio). El joven Carlos Reyles se imponía parecidas formas del rigor para dominar, sin convertirlos jamás en sus compañeros y amigos, a los condiscípulos del Colegio Hispano-Uruguayo.

Así, mantuvo también una relación prevenida, distante y disuasoria con sus contemporáneos. Cuando Herrera y Reissig y Roberto de las Carreras se proponían satirizar a sus conocidos desde las Tolderías de Tontovideo, Reyles anunció: "Si ésos se meten conmigo, los mato como a perros"; y no se metieron con él.

No hay evidencia de que se haya querido con sus estrictos coetáneos: a Zorrilla de San Martín lo maltrató en El Extraño; la relación con Rodó fue cortés pero distante; Quiroga estampó en su Diario un juicio indiferente sobre Reyles; con Vaz Ferreira, hacia el fin de la vida, hubo una emulación por la cátedra en la cual, si bien Reyles llevó la parte más airosa, fue de los dos el que estuvo solo. Los críticos que se ocuparon de su obra y podían verse con él, recataron —con la honrosa excepción de Zum Felde— sus disidencias, deslizándolas en la forma más incidental y en letra menuda (caso de Lauxar). Nadie quiso nunca enfrentar a Rey-

les, con su agresividad, su coraje, su contenida y subyacente violencia.

Pero detrás de Reyles egotista, feudal en lo criollo, dandy en lo cosmopolita, había un Reyles ocasionalmente tierno y locuaz (a pesar de su voz pequeña y de timbre poco simpático), un Reyles menos arrogante, aunque sin sentido del humor. Gervasio Guillot Muñoz lo conoció y lo describe.

Alvaro Guillot Muñoz —en su nota de La Cruz del Sur*— retrata así a Reyles: "Pequeño de estatura, pálido y magro, liviano y musculoso, Carlos Reyles tiene cierto parecido exterior con Amado Nervo y con aquel gonfalonero florentino del siglo XIV, Nicolo Da Uzzano, que inmortalizó Donatello, después de la guerra de los Médicis, en un busto policromado, íntegro de vida interior. El rostro enjuto, el ademán displicente, la mirada tajante como hoja toledana, la osatura y rasgos de busto romano, la elevación castellana de la ceja derecha, los labios apenas hilvanados, el empaque de ave solitaria, tal como lo estampó Zuloaga".*

Lauxar da de él (en 1918, cuando Reyles tiene 50 años) esta imagen: "Tiene en su fisonomía y su temperamento mucho de español y de andaluz: une su figura al empaque señorial cierto garbo de majo; el cuerpo chico y ágil, ancho de espaldas, parece, por su movilidad nerviosa, hecho con rabos de lagartijas, según la expresión que él mismo aplica a uno de sus personajes: una osatura fina se marca reciamente, a flor de piel, en los pómulos, en el caballete de la nariz, a los lados de la mandíbula inferior, en el mentón hundido al medio, en el cráneo descarnado, voluntarioso, bajo de frente, de sienes amplias y nuca alta; los ojos, vivos como dos gotas de acero, en cuencas hondas y grandes, miran con dureza bajo el arco firme de las cejas hoscas; con frecuencia un gesto de altivez, una sonrisa despectiva, comprime sus labios delgados sobre la doble hilera blanca de sus dientes iguales y menudos; la nariz es fuerte como una afirmación terminante. Debe dar a quien no lo conoce, la impresión áspera, violenta, casi provocativa, de un espíritu vehemente, de sentimientos secos, movido por el deseo de imponer su orgullo a la consideración humillada o al odio —todo menos la indiferencia— de los circunstantes".

En el capítulo XVII de El Gaucho Florido*, Reyles (en una de las varias veces en que lo hace) se describe así: "No es tan alto y garrido como el padre. Pero sus proporciones son justas, musculoso y de una agilidad felina. Maneja todas las armas, practica todos los deportes, ha viajado mucho y anda siempre con algún libro, que lee en los bretes, mientras se marca, o en los rodeos, esperando el ganado, o en la casa, reformada y amueblada a la inglesa. Durante el día, si no escribe, trabaja. Dicta las cartas paseándose y de un tirón. Tiene dos dependientes y un dactilógrafo. El plácido escritorio de don Fausto es ahora oficina. Continuamente se oyen repicar las letras de la máquina sobre el papel blanco. Todo lo hace de prisa y bien; frecuentemente se le oye decir: "Ligerito, muévanse". Ha heredado la nerviosidad de misia Carlota y la voluntad afilada de don Fausto. A la legua se ve que es gallo de riña, presa de extraña inquietud".*

Varias otras veces, a lo largo del mismo libro (cap. XII, páginas finales) los peones lo describen, con la óptica de las mismas virtudes duras, autoritarias, emprendedoras. Ésa fue la imagen que Carlos Reyles quiso dejar en todos: Guillot Muñoz, Lauxar, el escultor Gervasio Furest, el pintor Zuloaga (que halagó su vanidad, estirando su estampa largamente, estilizándolo, viéndolo extremadamente longilíneo, esbelto a lo Greco, elegantísimo y altísimo en un frac) trabajaron para ese mismo monumento de la voluntad, del desdén obstinado, de la severidad sin amigos.

Pero este adusto, este distante, este solitario era también un hedonista, un gustador de la vida, un ávido de emociones (en el amor, en el toreo, en los negocios). En la extraña confluencia de la vanidad y el involuntario humor, se cuenta que en la adolescencia rindió exámenes ante la vista de un torero, "El Regaterín", que —vestido con su traje de luces— saludaba con vistosos "Olé" las contestaciones del estudiante. Esta mezcla de ceremonia, de orgullo y de secreto candor está en muchos actos de su vida. Y, a medida que el espectáculo va desmontándose —en los últimos años— la ingenuidad del hombre cargado de recuerdos que trafica como hazañas actuales, va resplandeciendo como un dato infantil, en la vecindad segura de la muerte.

LA FORTUNA DEL NARRADOR CARLOS REYLES



En Arcachon, a fines de la década del veinte.

No puede decirse que, a pesar de su agitada vida, Reyles haya escrito poco. Y escribió, como hemos visto, literalmente hasta el último día de su existencia. Eso no significa que haya sido un escritor en constante evolución, un creador proteiforme, un espíritu sometido de leyes de poderosa dinámica interna. Por el contrario: aunque como lector haya estado llamativamente al día (había leído a Proust, a Joyce, a Thomas Mann entre los novelistas, a Valéry entre los ensayistas, a Max Scheler y a Husserl entre los filósofos) como novelista y como pensador se repetía, volvía continuamente sobre unos mismos temas, trabajaba sobre asuntos e imágenes recurrentes.

Eso explica que sus cuentos hayan sido los núcleos iniciales de sus novelas posteriores: El Extraño *lo fue de* La Raza de Caín, Primitivo *de* El Terruño, Capricho de Goya *de* El embrujo de Sevilla *y* Mansilla *de* El Gaucho Florido.

Por lo demás, a lo largo de todos esos libros, carga a los personajes con sus propias cargas. La persona Reyles en muchos casos y la situación Reyles en otros, inficionan a sus criaturas novelescas. Y "los pensamientos de Reyles siempre están bañados en su propia sangre", como se ha dicho.

En Beba, *Reyles es a un tiempo Beba y Gustavo Ribeiro; en* La Raza de Caín *los Crooker —poderosos, adinerados, magnánimos, protectores incontrastables de los demás en un mundo en el que la pobreza y el resentimiento de los otros sólo señala su defectuosa adaptación a la vida— representan la situación Reyles, aunque Julio Guzmán (el antiguo extraño) lleve las cargas de la persona Reyles, sus lecturas, sus refinamientos, su dandysmo modernista, su visión amplia y desencantada del mundo. En* El Terruño, *que es de 1916, Reyles ya ha quemado sus sueños políticos y los personajes proclaman ese chasco (Mamagela) o lo escarmientan (Tocles). En* El embrujo *todos los personajes son lo que Reyles —lector de Unamuno y parroquiano de tascas andaluzas— cree que es España, y actúan como un coro ese pensamiento, dramatizándolo. En* El Gaucho Florido *está la exaltación del latifundio, la visión patriarcalista de la estancia, tal como Reyles la sintió y vivió. En* A batallas de amor... *los personajes retratan el pesimismo crepuscular y el erotismo en memoria de un Reyles casi septuagenario: Pepe Arbiza es —como Reyles— un antiguo rico, derrochador y empobrecido; y lo que el autor llamó "mis fantasmas de Lobería" mueven los hilos de una historia que, por momentos, repite situaciones de libros anteriores.*

Ya hemos dicho que, en varias novelas, un personaje retrata a don Carlos Genaro Reyles; y el autor mismo, como el hijo del patrón, se describe reiteradamente —hasta el detalle de la estampa física— en El Gaucho Florido, *que es la virtual despedida (1932) a su mundo más auténtico: el del campo feudal.*

Esa definitiva incapacidad para salir de sí es, sin duda, un límite sensible para la

facundia novelesca de Reyles. También lo fue, como creador, para su comprensión del mundo. En ese campo que el estanciero rige con tuición bondadosa, no hay más problemas que aquéllos que se ven desde el ángulo del señor; incluso la pobreza que los peones sobrellevan como una fatalidad, parece importar poco, más allá de alguna reflexión pintoresca y del humor arriscado que dicta en ciertos trances.

La situación novelesca existe siempre a partir de una raíz conceptual; y los personajes preexisten a su peripecia. La novela, como todo, busca ilustrar alguna idea previa del creador; y esa idea puede tener desarrollos paralelos, a veces casi a la letra, en novelas, ensayos, folletos y discursos rurales.

Esta suerte de determinismo novelesco que significa, para sus propias hechuras, la persona de Reyles (y en alguno de sus ensayos transcribió una frase de Mauriac en que se proclama al novelista como el ser más poderoso de la creación) va a ir acentuándose, con el tiempo, por las precoces fijaciones, adversas o propicias, que informan el pensamiento del autor. Reyles desdeña la pobreza, desprecia el espíritu pueblero, desconfía de la ciudad, odia a los intelectuales, detesta a la Universidad; dice y repite que el país depende en mucho mayor grado de sus vellones que de sus políticos; exalta la riqueza, el poder, la voluntad de dominio, la "volición viril". Todo su mundo está ilustrado por tales rechazos y por tales adhesiones. Poco importa que se trate de la estancia cimarrona o de la plaza de toros: la visión raigalmente no cambia.

En el prólogo de Las Academias (publicado originariamente con Primitivo) y en La novela del porvenir, el joven Carlos Reyles expuso férvidamente su ideario modernista: la novela debe registrar los estremecimientos e inquietudes de la sensibilidad más refinada y compleja, escuchar hasta los más débiles latidos del corazón moderno, tan enfermo y cansado; para eso, debe tomar colores de todas las paletas, estudiando preferentemente al hombre sacudido por los males y pesares, porque ellos son la mejor piedra de toque para descubrir el verdadero metal del alma.

En Arte de novelar, cuarenta años después, vuelve a decirlo casi con las mismas palabras. Pero para entonces ya no es cierto en él como creador.

Hay criaturas modernistas en el Reyles que se centra alrededor del 900: Julio Guzmán, La Taciturna, Cacio, en algún instante de ensoñación el inepto Tocles. Pero el modernismo de Reyles, que informará su larga actitud vital de dandy, deja de alimentar su obra más allá de El Terruño. El embrujo transcurre en 1898, en los días de la guerra de Cuba y de la quiebra del poder español: no obstante, la visión del mundo y de sus personajes no se acomoda al canon modernista, que precisamente se engendró allí.

Se ha acusado a Reyles de cortedad, se le ha reprochado no habernos dado nunca hasta el fin el duro ideal (plutocrático, autoritarista) que profesaba en la vida y asomaba a sus libros. La verdad es que esa reticencia acaso haya ido resultando un efecto, a medida que la imaginación del autor —agresiva y hasta antipática, pero también poderosa, en las páginas de La Raza de Caín— fue deteriorándose y la sustancia narrativa propiamente dicha enfriándose en sus manos. El Reyles que suele escribir brillantes y caudalosas tiradas descriptivas, fue haciéndose cada vez más desprolijo del diseño de la peripecia, más elíptico en puntos fundamentales (por ejemplo, omite la visión del clan Crooker luego de los dos asesinatos que lo diezman, en La Raza de Caín) hasta llegar a la escritura estática y recurrente de El Gaucho Florido, una novela con páginas hermosas pero sin centro novelesco: poco más que una crónica tendenciosa.

Sus limitaciones de estilo fueron muy obvias: las barrancas son invariablemente agrias en libros que están separados por decenas de años, y los árboles son copudos; estas anotaciones elementales bastan a un escritor que no se exige, a un autor que no se coteja con otros, a un hombre que ha decidido no escuchar a nadie. Si a lo largo de años la leche sigue siendo blanco licor y el mate nacional brebaje es porque si Reyles circulaba intensamente por la vida, la vida no circulaba intensamente a través de los filtros del creador.

Si nos atenemos a una antología de sus mejores páginas —la creciente y el retrato del Coronel Quiñones en Beba, el abandono del pueblo a la madrugada por Menchaca, en La Raza de Caín, el capítulo XIV del combate y la muerte de Pantaleón en El Terruño, el vado de la tropa en El Gaucho Florido, el cuento Mansilla— puede afirmarse que Reyles narrador está a la mayor altura que haya alcanzado la prosa de ficción en la literatura uruguaya. Pero las reiteraciones, las falsedades, los sonidos a hueco y las arbitrariedades de Reyles novelista actúan duramente contra su mejor fortuna literaria en el Tiempo. Hombre arrogante y difícil de contradecir en su época, la posteridad ha hecho algo peor que contradecirlo: ha decidido olvidarlo. Lo cual es injusto.

BIBLIOGRAFIA



Editio princeps de "La raza de Caín"

OBRAS DEL AUTOR

PRIMERAS EDICIONES:

Por la vida (noviembre 1888), Imprenta de El Ferrocarril, novela, hoy inencontrable: **Beba,** novela, 1894, Dornaleche y Reyes, Montevideo; **Academias,** Primitivo y Prólogo, Dornaleche y Reyes, Montevideo, 1896; **El sueño de Rapiña,** Montevideo, sin fecha; **El Extraño,** Librería de R. Fe, Madrid, 1897; **La Raza de Caín,** novela, París, Ollendorf, s/f., 1900; **Vida Nueva,** discurso, publicado bajo los auspicios del Club Colorado Vida Nueva, Montevideo, Dornaleche y Reyes, 1901; **El Ideal Nuevo,** la situación, la teoría, la acción práctica, Montevideo, Dornaleche y Reyes, 1903; **La muerte del cisne,** ensayo, París, Ollendorf, s/f., 1910; **El Terruño,** novela, Montevideo, Ed. Renacimiento, 1916, con prólogo de José Enrique Rodó; **Diálogos Olímpicos,** I, Apolo y Dionisos, II, Cristo y Mammon, ensayos, Buenos Aires, Ed. Jacobo Peuser, 1919; **El embrujo de Sevilla,** novela, ediciones de 1922; Buenos Aires, Asociación General de Librerías y Publicaciones, Madrid, Sociedad General Española de Librería y Calpe; **El Gaucho Florido,** novela, Montevideo, Impresora Uruguay, 1932; **Panoramas del mundo actual,** conferencias, Montevideo, Impresora Uruguaya, 1932; **Incitaciones** (ensayos) Santiago de Chile, Editorial Ercilla, 1936; **Ego Sum** (ensayos), Buenos Aires, Sopena, 1939; **A batallas de amor... campo de pluma,** novela, Buenos Aires, Sopena, 1939.

EDICIONES ACTUALMENTE MÁS ACCESIBLES:

Para la totalidad de los **Ensayos,** la edición en 3 tomos de Biblioteca Artigas; en la misma Biblioteca Artigas, igualmente, las novelas **Beba, la Raza de Caín,** y **El Terruño; Academias y otros ensayos,** en Claudio García, Montevideo, s/f. y, más recientemente, edición de **Cuentos completos,** por Arca, Montevideo, 1968; **El embrujo de Sevilla,** Biblioteca Mundial Sopena, Buenos Aires, 1954; **El Gaucho Florido,** 5ª edición, Espasa-Calpe Argentina, Buenos Aires, enero 1953. Discurso de Molles, Edición de la Sociedad Criolla Carlos Reyles, de Durazno, con el título de "Homenaje a Carlos Reyles", Durazno, 1958.

SOBRE LA OBRA DE REYLES

Ardao, Arturo: **La Filosofía en el Uruguay en el siglo XX,** F. de C. E. México, 1956.

Ardao, Arturo: **La voluntad de conciencia en Reyles,** Montevideo, 1962.

Benedetti, Mario: **Para una revisión de Carlos Reyles,** originariamente en "Número", Nros. 6, 7, 8, Montevideo, 1950, incorporado a "Marcel Proust y otros ensayos", Montevideo, 1951.

Bollo, Sarah: **La obra de Carlos Reyles,** en Antología y Crítica de Literatura Uruguaya, de Fusco Sansone.

Clulow, Alfredo S.: **Carlos Reyles.**

Estrada, Norberto: **Nuestros novelistas.**

Ferreira, Eduardo: **"Beba" de Carlos Reyles,** Rev. Nacional, año IX, Nº 100, Montevideo, 1946.

Guillot de Berjonneau, Esmeralda: **Carlos Reyles en París,** en Mundo Uruguayo, Nº 2031, de 27 de marzo de 1958.

Guillot Muñoz, Alvaro: **Estudio sobre Carlos Reyles,** en Rev. La Cruz del Sur, Nº 31, Montevideo, abril-mayo 1931; recogido en Historia Sintética de la Literatura Uruguaya, Plan del Sr. Carlos Reyles, tomo I, Montevideo, 1931.

Guillot Muñoz, Gervasio: **La conversación de**

Carlos Reyles, Ed. Inial, Montevideo, 1955 (hay edición más reciente de Arca, Montevideo).
Guillot Muñoz, Gervasio: **Obras Inéditas de Carlos Reyles,** en Rev. La Cruz del Sur, Nº 31.
Lasplaces, Alberto: **Opiniones Literarias.**
Lasplaces, Alberto: **Carlos Reyles,** Rev. La Cruz del Sur, Nº 27, enero-febrero 1930.
Lauxar: **Carlos Reyles,** Montevideo, 1918, 142 pp. Incluido en Motivos de Crítica, 4 ts., publicados por Biblioteca Artigas, Nros. 58 a 61.
Lerena Acevedo de Blixen, Josefina: **Reyles,** 176 pp., Montevideo, 1943.
Luisi, Luisa: **Carlos Reyles, novelista,** pp. 13 a 108 de "A través de libros y de autores", Buenos Aires, 1925.
Martínez Moreno, Carlos: Prólogo a **La Raza de Caín,** en Biblioteca Artigas, Nº 94.
Menafra, Luis Alberto: **Carlos Reyles,** 344 pp., Montevideo, Ed. de la Universidad, 1957.
Montero Bustamante, Raúl: **Carlos Reyles,** en Antología y Crítica, de Fusco Sansone.
Oribe, Emilio: **Homenaje a Reyles,** en Rev. Cruz del Sur, Nº 31 y Antología y Crítica de Lit. Uruguaya, de Fusco Sansone.
Pereira Rodríguez, José: **En torno de Carlos Reyles,** supl. de la Nación de Buenos Aires, 30 de agosto 1964.
Petit Muñoz, Eugenio: **Una cátedra de conferencias para Carlos Reyles,** en Rev. La Cruz del Sur, Nº 31.
Piquet, Juan Francisco: **Perfiles literarios.**
Rama, Ángel: Prólogo a **El Terruño,** en Biblioteca Artigas, Nº 3.
Rela, Walter: Prólogo a **Beba,** en Biblioteca Artigas, Nº 62.
Rela, Walter: **Carlos Reyles, señor y novelista,** en Homenaje a Carlos Reyles, Durazno, 1958.
Rodó, José Enrique: **La Raza de Caín,** en El Mirador de Próspero.
Rodó, José Enrique: Prólogo a **El Terruño,** 1916, Montevideo, Ed. Renacimiento.
Sabat Ercasty, Carlos: **Discurso de homenaje a Reyles,** en Rev. La Cruz del Sur, Nº 31 y en Antología y Crítica, etc., de Fusco Sansone.
Salterain Herrera, Eduardo de: **Carlos Reyles en su mocedad,** suplemento de La Nación, de Buenos Aires, 26 de febrero de 1961.
Sánchez, Luis Alberto: **Balance y Liquidación del Novecientos.**
Sánchez, Luis Alberto: **América, novela sin novelistas.**
Torres-Rioseco, Arturo: **Grandes Novelistas de América Hispana.**
Torres-Rioseco, Arturo: **La Novela en América Hispánica.**
Torres-Rioseco, Arturo: **Novelistas contemporáneos de América.**
Visca, Arturo Sergio: **Tres narradores uruguayos** (Reyles, Viana, Morosoli), Montevideo, 1962.
Visca, Arturo Sergio: **Prólogo a Ensayos de Reyles,** Bibl. Artigas, 3 vols. Nros. 84 a 86.
Visca, Arturo Sergio: Artículos aparecidos en "El País", Montevideo: **Diversidades,** 24-V-64, **Tema e intención,** 14-VI-64 y **Desnudamiento síquico,** 28-VI-64.
Zum Felde, Alberto: **Proceso Intelectual del Uruguay,** 1930, tomo II.
Zum Felde, Alberto: **Indice crítico de la Literatura Hispanoamericana, La Narrativa;** tomo II, México, 1959.

Editio princeps de "Beba".

CARLOS REYLES

BEBA

PAUQOREAASVCIOROTN.

PRIMER MILLAR



MONTEVIDEO
DORNALECHE Y REYES, IMPRESORES
CALLE 18 DE JULIO, 77 Y 79
1894

Editio princeps de "El Terruño"

CARLOS REYLES

EL TERRUÑO

PRÓLOGO DE
JOSÉ ENRIQUE RODÓ

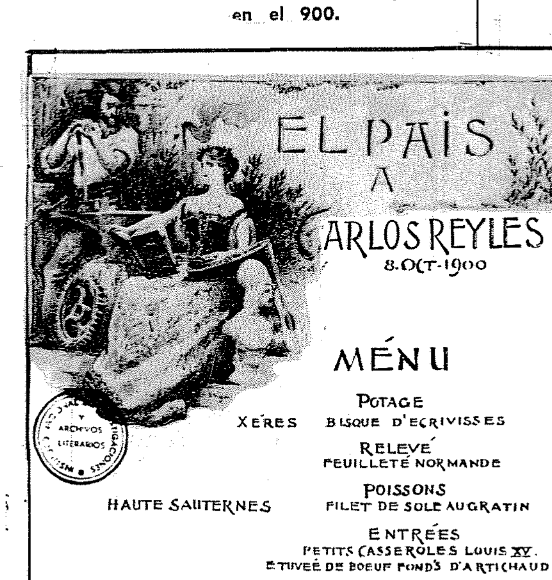
ÚNICA EDICIÓN AUTORIZADA POR EL AUTOR

(PRIMER MILLAR)

MONTEVIDEO
Imprenta y Casa Editorial "Renacimiento
Librería "Mercurio" de Luis y Manuel Pérez
Calle 25 de Mayo, 483
1916



Menú de homenaje en el 900.



EL PRECURSOR RURALISTA

"...el día que se inicie la exportación de animales en pie a Europa; confío en el porvenir y voy preparándome para cuando ese día llegue "

"—¿Y usted cree que la exportación de animales en pie vendrá?— interrumpió Benavente."

"—No tiene otro remedio. Lo que falta es que los gobiernos lo entiendan así y se den prisa en secundar los esfuerzos de los criadores progresistas, en allanarles el camino, en favorecer por todos los medios imaginables la multiplicación de las razas de sebo acreditadas en Europa, tales como el Durham y el Hereford"... "lo que no venga de ahí, de nuestra industria natural y espontánea, será progreso falso y por consiguiente efímero".

"...Nosotros no tenemos agricultura en grande ni industrias de ninguna clase; todo, pues, debemos esperarlo de la ganadería: gracias a ella llegaremos a ser fuertes y libres".

"...en esa gran obra deben esperarse mayores beneficios del último cabañero que de todos los políticos, letrados e industriales que pululan por ahí".

De este modo bizarro, desafiante pero también menospreciativo hablaba en Beba el Reyles de 26 años. Y así seguiría haciéndolo toda su vida. En El Terruño, Mamagela arenga a su gente inculcándoles que el porvenir del país está en los vellones de sus ovejas. Lo hace con una copa de champagne en la mano y envuelta en la bandera nacional. La bandera desaparece a partir de la segunda edición, pero los copiosos discursos perduran.

El Reyles ya senil de El Gaucho Florido prolonga los asertos del joven de 26 años. Hacia el final del capítulo III habla de las guerras civiles y las estancias: "A pesar de las hordas de bárbaros, que destruían en un santiamén lo que había costado años construir, el latifundio, de cuya psicología y función constructiva el mismísimo don Fausto sólo llegaba a tener vagas vislumbres, se transformaba de cosa cimarrona en obra civilizada y civilizadora. Surgió una especie de diminuto estado con su capital: la estancia".

Estas visiones de feudalismo habían pasado de padre a hijo: don Carlos Genaro Reyles ya había propuesto que se eximiera del servicio militar a quienes desempeñaran tareas de conscripción agraria. Era el modo de pasar de la patriada al ideal ruralista.

En el discurso de Molles, de diciembre de 1908, Reyles propone algo más: el lazo federativo entre las asociaciones rurales.

"Digámoslo sin ambages —proclama—: lo serio e importante entre nosotros, hoy por hoy, son los rodeos y las majadas; lo trascendente, el esfuerzo y la inteligencia rural; las sístoles y diástoles del país, la producción y el cambio de los productos agrícolas. Por todo ello, organizar esa producción y robustecer las energías productoras, elevando por acción refleja, al mismo tiempo, el nivel intelectual de los hombres del campo, paréceme la tarea más noble, más patriótica y más inteligente a que puede consagrarse todo aquél que haya nacido en tierra uruguaya".

Y luego: "Si la clase rural quiere que su palabra se escuche, es necesario articularla distintamente; si pretende que sus intereses sean respetados, es preciso hacerlos invulnerables; si aspira a pesar en los destinos del país, como es justo, desde que representa el tipo social más favorable a la existencia de la nación, es menester que cumpla sus deberes cívicos y sepa imponer su ideal. Y debe hacerlo así, porque puede hacerlo. Su política no será, ni conviene que sea, la de los profesionales de la cosa pública. La clase rural no quiere ni posiciones políticas ni sinecuras ni el predominio de un partido sobre otro, sino la paz, el trabajo, el progreso del país, y está moralmente obligada a apoyar con sus votos a los elementos rojos o blancos que encarnen de alguna manera tales aspiraciones".

Estas fórmulas —el considerar el campo como una sola clase solidaria, y no como otro escenario de lucha de clases, el proponer el apoyo a los políticos blancos y colorados que mejor sirvan ese presunto ideal colectivo del campo, que es formulado aquí a nivel de estancieros y patronos pero como verdad de todos, el pregonar el lazo federativo— significan, en diciembre de 1908, la fundación virtual de un ruralismo federativo, con implicaciones de infiltración y predominio dentro de los cuadros de los partidos tradicionales. Este papel de precursor nunca le fue reconocido, con el correr de los años, a Carlos Reyles. Y debió pasar el medio siglo que corre entre diciembre de 1908 a noviembre de 1958 para que las proposiciones del señor feudal de la estancia "El Paraíso" llevadas a la práctica produjeran —al cabo de 94 años— la rotación de los grandes partidos tradicionales en el ejercicio del poder.

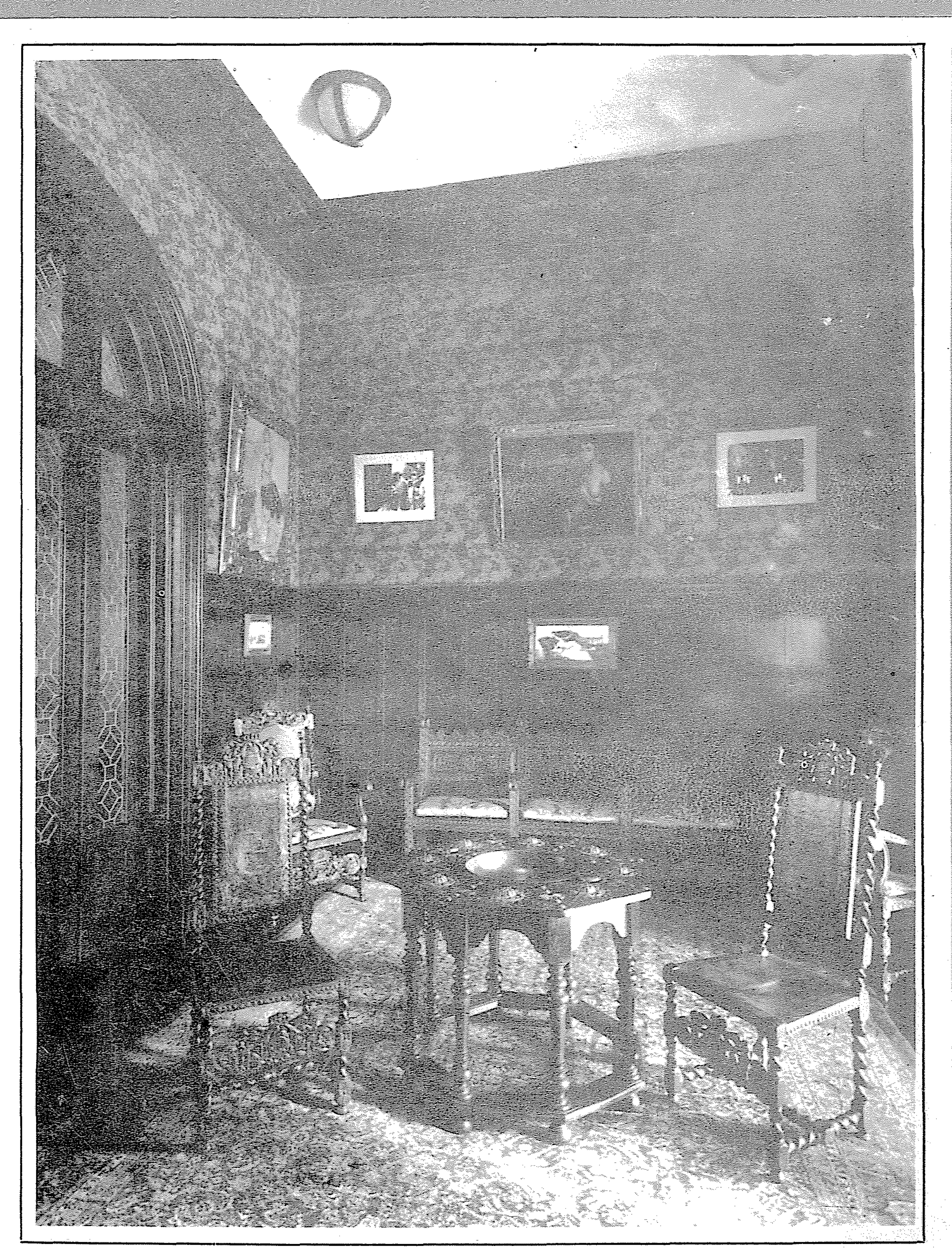
En *CAPITULO ORIENTAL*

Nº 17.

HORACIO QUIROGA: VIDA Y OBRA

y junto con el fascículo, el libro "A LA DERIVA Y OTROS RELATOS".

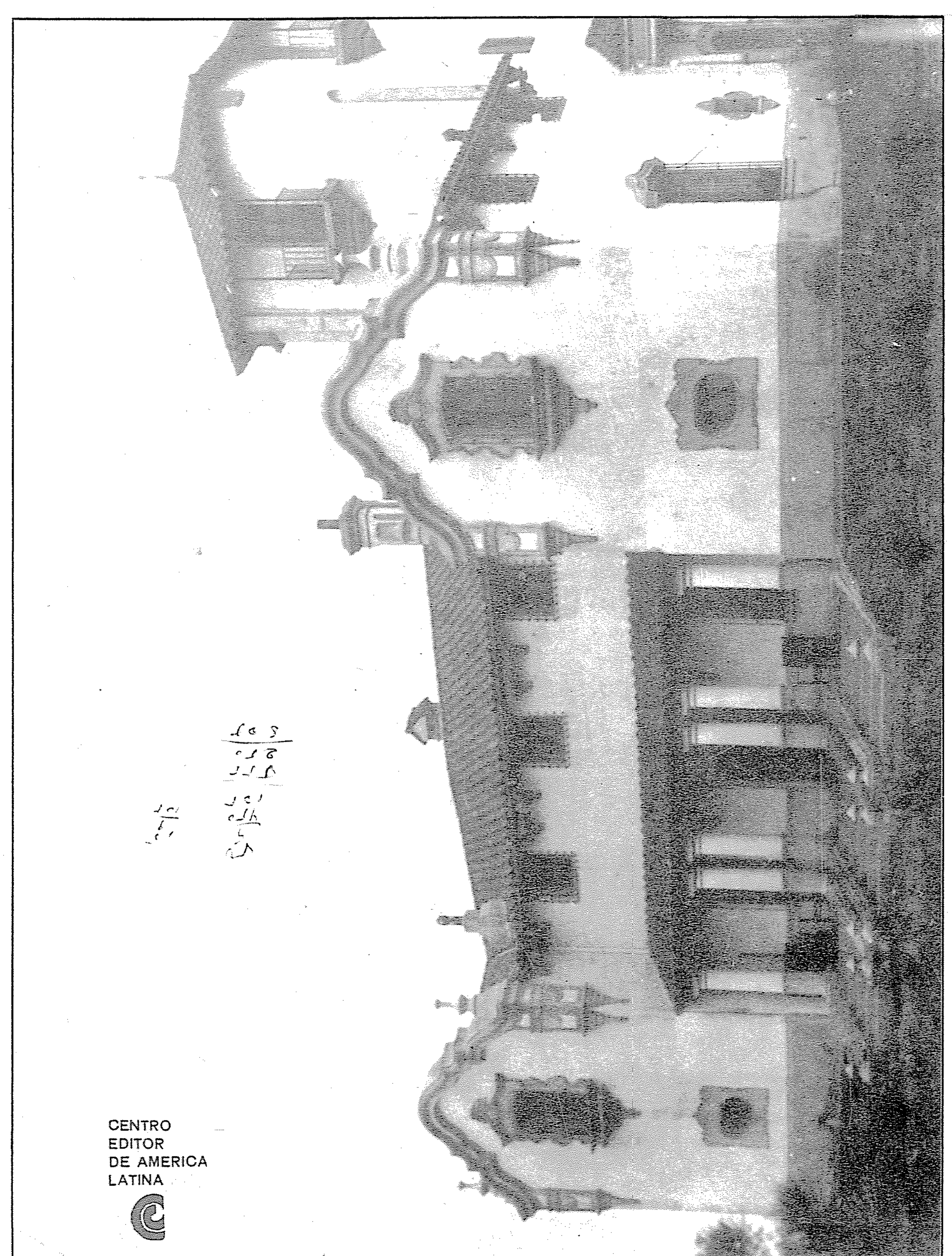
Indice:



El "fumoir" de la casa de la calle Montevideo, en Buenos Aires

Este fascículo, con el libro
LA RAZA DE CAIN
constituye la entrega N.o 16
de CAPITULO ORIENTAL.

Precio del fascículo más el libro: **$ 100.-**



"El Charrúa", del arquitecto Martín Noel, visto desde atrás

CENTRO EDITOR DE AMERICA LATINA